

Que á tu lado me hallase el matutino
Plácido ambiente de tu fausto día.
Gozoso entónces admirar solía
Los rasgos de tu ingenio peregrino,
Y al eco de tu labio purpurino
Colmaba el pecho insólita alegría.
Todo cambió. Por términos extraños,
Perdida ya de verte la esperanza,
Me acosan males, tedio, desengaños.
Sólo en mi corazón no hallo mudanza;
Que el poder de las penas y los años
En él tu imagen á borrar no alcanza.

XXXIV.

PARA EL ÁLBUM DE D. P. DE T.

Á TULITA DE AVELLANEDA.

(1847.)

Hoy, que sus rayos el mayor planeta (1)
Mustios y oblicuos á la tierra envía,
Y envuelto en nieblas y en escarcha fría,
Del trópico tocó la helada meta (2),
Tula cruel, ¿pretendes indiscreta
Que salga á relucir la musa mía?
¿Dónde hallará calor mi fantasía?
¿Quién con setenta abril es poeta?
¡Ay, que del estro se extinguió la llama!
Pasó la edad del canto y los amores,
Y ya la ávida huesa me reclama.
Sólo, del crudo invierno en los rigores,
Trocar es dado al número que te inflama,
Las nieblas en fulgor, la escarcha en flores.

XXXV.

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS,
FUNDADOR DEL TEATRO ESPAÑOL.

(Octubre de 1851.)

Ese que en honra de la patria un día
Alzó tu mano, esclarecido Conde,
Monumento á las Musas, do se esconde
Tras la risueña máscara Talía;
Campo de noble lid, donde á porfía
Luchan los genios españoles, donde
Con nuevos triunfos nuestra edad responde
De otra edad á la excelsa nombradía;
Hará que justa en tu alabanza apure
La alta fama su aliento, y en la historia
Lugar tan encumbrado te asegure,
Que durará de España en la memoria
Cuanto en los siglos venideros dure
De Lope y Tirso y Calderon la gloria.

XXXVI.

A MI SEÑORA DOÑA DOLORES PERINAT
DE PACHECO.

¡LO QUE PUEDE EL TIEMPO!

(1848.)

Volvíome loco una mujer hermosa
Diez lustros há: lloré, seguí su huella,
Vi el soberano bien cifrado en ella,
Y ensalcé su beldad en verso, en prosa.
Dije que sus mejillas á la rosa
Prestaron su carmin; que no tan bella
Fué la madre de amor; llaméla estrella,
Cielo, sol, querubin, arcángel, diosa.
Mas hoy, ¡qué diferencia, cara amiga!
¡Tanto pueden los años!... ¡Ay! perdona
Que tan amarga sequedad te diga:
Siempre que veo tu gentil persona

(1) *Vieux style*.

(2) El primer cuarteto de este soneto es igual al de otro que antecede, dirigido al Obispo de Zamora.

Exclamo, cuando más, ¡Dios te bendiga!
Y vuélvome tranquilo á mi poltrona.

XXXVII.

Á LA SEÑORA DOÑA JOSEFA ESPINOSA
DE LOS MONTEROS.

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA FLORA FERRER.

Si, Pepa, bien lo sé: Flora es tan linda,
Que pocas competir podrán con ella:
Descubre cada párpado una estrella,
Y es cada labio suyo media guinda.
Ríome yo de la gentil Florinda,
Que fascinó á Rodrigo, y aún aquella
A quien dió París la manzana bella
Dudo que á sus encantos no se rinda.
Por Dios que, si me pongo, en breve rato...
Si, si, ¡pereza fuera! ¡Vive Cristo,
Que voy á hacer al punto su retrato!
Píncel, tintas, marfil, todo está listo...
Pero, Pepa, ¿no soy bien mentecato?
¿Cómo la he de pintar, si no la he visto?

XXXVIII.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS (3).

Si no brindo con vino á tu salud,
Como lo manda el uso *inmemorial*,
Caro Mariano, en Pascua ó *Carnaval*,
Es senil impotencia, no es *virtud* (4).
Observante me han hecho del *talmud*
Los años con su rígido *ritual*;
Mas te festejaré desde el *portal*,
Como la murga, al són de mi *laud*.
¿Quién pudo imaginar que soy *aquel*
Que pudiera engullir por *colacion*
Hasta el arco y la tripa del *vabel*?
Y hoy debo confesarte ¡oh *confusion*!
Que si á la verdad santa he de ser *fiel*,
Fuchas piden mis dientes, no *turron*.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

LA DULCE VENGANZA.

(1800.)

Riñó conmigo mi Corina un día;
Gritó y mesó los nítidos cabellos;
Torció las manos y los brazos bellos,
Y al amor y sus gustos maldecía.
En su venganza y frenesí, furiosa
Juró negarme el brillo de sus ojos,
De sus mejillas la naciente rosa
Y el dulce néctar de sus labios rojos.
Yo, que la adoro y por sus gracias muero,
Temblé al oír el juramento impío,
Y ofuscando la voz el llanto mío,
Así le dije en tono lastimero:
«Si de tu amante la pasión te agra,
¿Por qué el vengarse tu furor retarda?
Oprime el cuello que tu amor respira;
Traspasa el pecho que tu imagen guarda.

(3) El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, rogó á varios literatos, amigos suyos, y entre ellos á Gallego, que le acompañasen á celebrar en su casa la Nochebuena del año de 1851. Al efecto les dirigió en forma de circular un festivo soneto, al cual, y sujetándose á las mismas rimas, contestó con otro soneto cada uno de los convidados. Por esta singularidad, y por ser el que publicamos, aunque un juguete á que el autor no dió ninguna importancia, el último acento de su bien templada lira, se le ha dado lugar en la presente colección.

(4) El autor acababa de cumplir setenta y cuatro años.

Rendí á tu gracia y tu virtud modesta.
Dentro del pecho siento al inhumano
De su pérfido triunfo hacer alarde;
Si; que una hoguera me anunció el tirano,
Y es un volcán el que en mis venas arde.
¿Sabes, oh Lesbía, comparado al mío,
Qué es el ardor de tu apacible llama?
Tibio lucir de fósforo sombrío
Junto al globo inmortal que el aire inflama.
¿Y eterno habrá de ser? ¿Me niega el cielo
Que este incendio voraz se temple un día?
¿Dónde hallará mi padecer consuelo?
¿Dónde? — En tus brazos ó en la tumba fría.

Á UNA TÓRTOLA.

ANACREÓNTICA.

(1800.)

Dichosa tortolilla,
Que en inocentes juegos
Las horas entretienes
De mi adorado dueño;
Tú, á quien ofrecen, gratos,
Copa sus labios tiernos,
Taza su mano bella,
Cuna su lindo seno;
Que del gentil regazo
Subiendo al albo cuello,
Mueves sus rizos de oro
Con revolver inquieto;
Tú, que sin tasa gozas
La luz de sus luceros,
Y el néctar de su labio
Y el ámbar de su aliento;
Cuéntame, por tu vida,
Pues sabes sus secretos,
¿Suspira cuando parto?
¿Se alegra cuando vuelvo?
¿No acusa la inconstancia
Del caprichoso tiempo,
Para mi bien tan tardo,
Para mi mal tan presto?
¿Se acuerda de quien triste
Por ella está muriendo,
O á más remotos climas
La lleva el pensamiento?
Mas ¡ay, que ayer, airada,
Con ademan severo
De irrevocable muerte
Me fulminó el decreto!
¿Y cuál, cuál es mi crimen
Para rigor tan fiero?
Si amarla no es delito,
Culpable no me siento.
Sé tu mi intercesora;
Súbete al hombro bello,
Y con arrullos blandos
Repítete estos versos:
«No guardes, Lesbía hermosa,
Tan implacable ceño;
Que ardides inocentes
No son engaños negros.
» Yerro de amor, señora,
Son perdonables yerros.
¿Qué mucho que tropiece?
¿No ves que es niño y ciego?
» Ni es la venganza halago
De generosos pechos;
Que amar es dulce cosa,
Y odiar, cruel tormento.»

Á LA AUSENCIA DE CORINA.

ENDECHAS.

(1804.)

Pobre lira mía,
Que entre juncia y flores
Dulce són de amores

» Justo es que en mi tu cólera desfogues;
Que quien no supo complacerte muera;
Yo halagaré la mano que me hiera,
O besaré el dogal con que me ahogues.»
Ella la vista en el florido suelo
Fijó, depuesta su fiera brava,
Y en su regazo sobre el blanco velo
De aroma un ramo deshojando estaba.
«¿Por qué sin causa, proseguí, te enojas,
Crúel?» Y en tanto levantó la frente,
Miró hácia mí, rióse blandamente,
Y del aroma me arrojó las hojas.
Luégo enjugó mis húmedas mejillas;
Luégo oficiosa me aliñó el cabello;
Después jovial sentóse en mis rodillas;
Después los brazos enlazó á mi cuello.
Risueña entónces, con su ardiente labio,
Más vivo que el carmin, selló mi boca,
Y en pos del beso que mi ardor provoca,
Ufana prorumpió: *¡vengué mi agravio!*
Modelo eterno á los amantes sea
La atroz venganza de mi dulce amiga.
¿Quién no perdona, que perdon no vea,
Y odiado espere quien el odio abriga!

EL VATICINIO.

Á LESBIA.

(1800.)

Pronta á dejar la bética ribera,
Que ya en ardor bañaba el blondo estío,
Un ¡ay! lanzó la madre primavera,
Un ¡ay! envuelto en flores y rocío.
Del llanto del Abril nació la rosa;
De la espuma del mar Venus divina;
De aquel dulce suspiro Lesbía hermosa,
Más linda que la rosa y que Ciprina.
Nació, y del alba anticipó el saludo
La turba alada, al rayo de la luna,
Al par que, asidas en airoso nudo,
Las Gracias vuelan á mecer su cuna.
Amor las palmas de placer batía
Cuando los tiernos párpados alzaba,
Y al ver la nueva luz, que afrenta al día,
Ciego á sus piés depositó la aljaba.
Y «¡oh niña! dijo, á tu beldad despojos
Son ya las flechas, del amor divisa;
¿Cuántas más almas herirán tus ojos!
¿Cuánto más fuego encenderá tu risa!
» Oh qué deseos rondarán lascivos
Tu fresco labio y tu mejilla pura!
¿Oh qué miradas y ayes fugitivos
Tu blanco seno y tu gentil cintura!
» Ciego á tus piés y en lágrimas deshecho,
Uno entre tantos rendirá el destino;
Uno á quien baste á derretir el pecho
Con solo un rayo tu mirar divino.
» Hijo de Apolo, en flébiles querellas,
Dará á tu nombre armónicos cantares,
Que al alumbrar de fúlgidas estrellas
Difunda el viento por los anchos mares.
» ¡Ay, cuánto afán al misero le espera,
Sin fin luchando con su ingrata enerte,
Continuo cebo de mi ardiente hoguera,
Viviendo el triste en prolongada muerte!
» ¡Felices ambos si tu seno abraza
Chispa fugaz, del suyo desprendida!
Que no es beldad la que sin mí se pasa,
Ni en pechos duros el placer se anida.
» No quieras ver marchita tu belleza,
Como, en el yermo, inútil amapola,
Que intacta vive en eternal tristeza,
Y nace y muere desamada y sola.
» Mas no será; que un alma hermosa veo
Unida al cuerpo angélico y bizarro,
Y en tí la gloria y el mayor trofeo
Que el orbe admire en mi triunfante carro.»
Así dijo el amor. ¡Ay Lesbía amada!
Cumplida está su predicción funesta;
Cumplida en mí, que el alma embelesada

Modulaste un día;
Risueña corriente,
Que en silencio vagas
Y al jazmin halagas
La cándida frente;
Verde prado ameno,
Perezoso río,
Bello bosque umbrío,
De mis ayes lleno;
Fuente cristalina,
Césped venturoso,
Que sombra y reposo
Brindaste á Corina;
Ya de mí se esconde,
Que mi mal no siente;
Lira, prado, fuente,
¡Me diréis en dónde?
Llámola afogado,
Búscola azorado,
Del valle al collado,
Del monte al egido.
Dobla mis congojas
El céfiro blando,
Que así suspirando
Dice entre las hojas:
«Más flores hubiera
Si aquí se acercára;
Que es su linda cara
Sol de primavera.»
Mas ¡ay Dios! que en tanto
De su amor me priva,
Mis quejas esquivas,
Desprecia mi llanto.
Huye y no responde;
Yo sin ella muero;
Náyades de Duero,
¡Me diréis adónde?
En pos de sus huellas
Voló mi contento,
Cual se lleva el viento
Mis hondas querellas.
Tú, que mal templada
Yaces ora y triste,
Y un tiempo te viste
Por la infiel ornada,
Si alegres amores
Modulaste un día,
Gime, lira mía,
Gime mis dolores.

EL PUDOR.

ANACREÓNTICA (1).

Cuando en su concha Vénus
Salió de entre los mares,
Brilló la luz del día
Más pura y rutilante.

(1) Como muestra del exceso con que corrigen sus obras algunos poetas, copiamos aquí esta anacreóntica, tal cual fué escrita y publicada en 1804. Con las enmiendas ha ganado algo sin duda en robustez y sobriedad de estilo, pero ha perdido no poco en sencillez y espontaneidad.

Cuando la blanca Vénus
Salió de entre los mares,
Brilló la luz del día
Más pura y agradable.
Entonces de las flores
Nació el olor suave,
El verdor de los prados,
La frescura del aire.
Entonces murmuraron
Las fuentes y raudales,
Blando sopló Favonio,
Cantó amorosa el ave.
Vertió risueña el alba
Aljófara abundante,
Y el botón de la rosa
Mostró su tierno cáliz.
El universo entero
Se admira y se complace,
Y más fecundos rayos
El rubio Febo espárea.
Abrió el excelso Olimpo

Entonces de las plantas
Nació el olor suave,
La pompa de las selvas,
El aura de los valles.

Entonces aprendieron
A modular las aves,
Y el plácido murmullo
Las fuentes y raudales.
Al verlas se disipan,
Huyendo por los aires,
Las nubes procelosas,
Las negras tempestades.

¡Cuán bella resplandece
La diosa! ¡Cuán fragantes
Donde sus ojos fija,
Nardos y rosas nacen!
Ufana se recrea
Ciprina al contemplarse,
Bañando la sonrisa
Sus labios celestiales.

Al amoroso fuego
Que en sus miradas arde,
El universo todo
Se anima y se complace.
¡Cómo su frente brilla!
¡Qué hechicero contraste
Forman los rizos de oro
Que el cefirillo bate!

Jugando rodeaban
Su carro de corales
Amores y placeres,
La risa y el donaire.
Abrió el excelso Olimpo
Sus puertas de diamante,
Y el coro de los dioses
A recibirla sale.

Estaba Citerrea
Sin velo que ocultase
De la admirada turba
Sus formas virginales;
Y al ver que así la miran
Y la belleza aplauden
Del pecho alabastro,
Del delicado talle,

Bajó los lindos ojos
En actitud cobarde,
Y el fuego de sus labios
Enrojó el semblante.
De este ademán de Vénus
Nació el pudor amable,
Dando á su tez de nácar
Espléndido realce.
Pudor, pudor divino,

Sus puertas de diamante,
Y al sollo la conchajo
De las altas deidades.
Iban en pos jugando,
No lejos de su madre,
Amores y placeres,
La risa y el donaire.

Al verla, enajenados
Los dioses inmortales,
Su carro de jazmines
Cercan por todas partes.
Estaba Citerrea
Sin velo, sin ropaje
Ni cenital que ocultara
Sus formas celestiales;

Y viendo que embebidas
La examinan, y aplauden
El pecho de alabastro,
La morbidez del talle,
Bajó los bellos ojos,
Sonrojada y cobarde,
Y el fuego de sus labios
Llenó todo el semblante.

De este ademán de Vénus
Nació el pudor amable,
Y á su hechicero rostro
Le dió mayor realce.
Pudor, pudor divino,
De la inocencia imagen,
¡Qué gracias, qué embelesos
Te deben las beldades!

(Nota del Colector.)

De la inocencia esmalte,
¡Qué gracias, qué embelesos
Te deben las beldades!

EL PADRE Y SUS DOS HIJOS.

APÓLOGO DE FLORIAN.

(Traducción libre.)

(1808.)

Del opaco Diciembre en noche fría
Un padre con sus hijos, en mi aldea,
Al calor de la humilde chimenea
Las perezosas horas divertía.
A su lado el menor se entretenía
De naipes fabricando un edificio
Con más cuidado y atención severa
Que el famoso Ribera
Trazando el plan del madrileño hospicio;
El mayor repasaba
(Pues ya en la edad de la razón rayaba)
Una mugrienta historia,
Depósito de cuentos y dilates,
Su lengua atormentando y su memoria
Con nombres mil de reyes y magnates.
Mas, juicioso notando
Que unos llamaba el libro *fundadores*
Y otros *conquistadores*,
«¡Cuál es, dijo al papá, la diferencia?»
Aquí llegaban, cuando
Con feliz inocencia,
Su travieso hermanito,
Que acababa gozoso
De coronar su alcázar ostentoso,
Saltaba de alegría y daba un grito.
Colérico el mayor se alza violento
Al verse interrumpido,
Y de un solo revés arroja al viento
El palacio pulido,
Dejando al pobre niño el desconsuelo
De ver su amada fábrica en el suelo.
El padre entonces con amor le dijo:
«La respuesta mejor está en la mano;
El *fundador* de imperios es tu hermano,
Y tú el *conquistador*. ¿Lo entiendes, hijo?»

Canción para el aniversario del Dos de Mayo, puesta en música por don Mariano Ledesma.

(1812.)

En este infausto día,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazón;
Y suban nuestros ayes
Del céfiro en las alas,
Al silbo de las balas
Y al trueno del cañón.

Miradnos, sacros manes,
Gemir en triste coro,
La faz bañada en lloro,
Y el alma en odio y hiel.
Mas sangre en vez de llanto
Se os debe por tributo;
Y en vez de adelfa y luto,
Trofeos y laurel.

En este infausto, etc.
¡Quién ¡ay! del negro día
Que hoy dobla nuestras penas
Las bárbaras escenas
Renueva sin terror?
Erízase el cabello,
Se agolpa el llanto ardiente,
Y el pecho hervir se siente
De cólera y furor.

En este infausto, etc.
¡Oh colmo de la infamia!
No osando los malvados
Lidiar con desarmados
En lucha desigual;
Mintiendo en el semblante

Su rabia vengativa,
Cubrieren con la oliva
Su pérfido puñal.

En este infausto, etc.
No paz con los tiranos,
Que es muerte solapada;
Afilan más la espada,
Brindando su amistad.
Mirad los infelices
¡Cuál mueren entre horrores!
Mirad á los traidores
Gozarse en su maldad.

En este infausto, etc.
Quien vió la sangre y ropas
Sembradas por el suelo,
Que exprese el desconsuelo
Que el alma le enlutó.
Los aires ensordecen
Las víctimas que gimen;
A tan horrendo crimen
Su luz el sol perdió.

En este infausto, etc.
Cautivo aquel recinto
Nos grita al alto ejemplo:
El es de España el templo;
El es el patrio altar;
Y al lauro del que al Sena
Los vándalos ahuyente,
En voto reverente
Sus aras debe honrar.

En este infausto, etc.
¡Qué vale que hoy nos vean
Los mares gaditanos
Cercar en ayes vanos
Fingido panteón?
Formemos de pendones,
En más dichosos días,
A sus cenizas frías
Más digno pabellón.

En este infausto, etc.
En tanto á sus verdugos
Persiga en triste sueño
Del Prado madrileño
Espectro aterrador.

Sangrienta el agua beban,
Sangriento el cielo miren,
Y en sangre al cabo espiren
Por hierro vengador.
En este infausto día,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazón;

Y suban nuestros ayes
Del céfiro en las alas,
Al silbo de las balas
Y al trueno del cañón.

PLEGARIA AL AMOR.

¡Salve, divino amor, del hombre vida,
Fuego dulce y fecundo,
Deidad amable, que á placer convida
Por todo el ancho mundo!
¡Salve, luz celestial, perpétua llama
De cuanto existe y dura,
Raudal perenne, que do quier derrama
Alegria y ventura!

¡Qué, di, sin tu favor del orbe fuera?
La fresca pradería,
El bosque hojoso, la feraz ribera
Yermo horrible sería.
Por tí gozamos las purpúreas rosas,
Del céfiro halagadas;
Por tí cantan las aves amorosas
Sus tiernas alboradas.

Por tí ostenta su gala y gentileza
El alazan ligero;
Por tí se humilla y doma su braveza
El leopardo fiero.
Por tí colores mil la flor esmaltan;
Por tí brilla el rocío;

Por tí en el valle los corderos saltan;
Por tí murmura el río.
Por tí sin tregua juventud lozana
Se agita y se alborozan;
Por tí la bella jóven se engalana
Y en su beldad se goza.
Tú solo el dios entre los dioses eres,
Y tu mirar risueño
Más alcázares rinde, cuando quieres,
Que del Olimpo el dueño.
Contra el furor de mis atroces penas
Tu alto favor imploro;
Que al incesante són de tus cadenas
De Lesbía ausente lloro.
Tú, niño alado, que en su linda boca
Mi sumo bien pusiste,
Y enternecer su corazón de roca
En premio me ofreciste,
Guárdame, en pago del pesar que siento,
En su pecho nevado,
Pura como el aroma de tu aliento,
La fe que me ha jurado.
Haz que sus ojos dulces y serenos,
Do bebe luz el día,
Viertan dos tiernas lágrimas al ménos
A la memoria mía.

LA HOJA DE LENTISCO (1).

ALEGORÍA.

(1816.)

Hoja seca y solitaria,
Que vi tan lozana ayer,
¿Dónde de polvo cubierta
Vas á parar?— No lo sé.
Léjos del nativo ramo
Me arrastra el cierzo cruel,
Desde el valle á la colina,
Del arenal al verjel.
Voy donde el viento me lleva,
Resignada por saber
Que ni suspiros ni ruegos
Han de templar su altivez.
Hija de un pobre lentisco,

(1) Esta alegoría es imitación de una linda fábula del célebre poeta francés Antonio Vicente Arnault.

También la imitó Leopardi. Juzgamos oportuno copiar aquí la versión de este esclarecido poeta, para que se vea con cuánta gentileza han expresado ambos escritores el mismo pensamiento, según la índole de sus idiomas respectivos:

IMITAZIONE.

*Lungi dal propio ramo,
Povera foglia frate,
Dove vai tu? — Dal faggio
Là dov'io nacqui, mi divise il vento.
Esso, tornando, a volo
Dal bosco alla campagna,
Dalla valle mi porta alla montagna.
Seco perpetuamente
Vo pellegrina, e tutto l'altro ignoro.
Vo dove ogni altra cosa,
Dove naturalmente
Va la foglia di rosa,
E la foglia d'alloro.*

Juzgamos oportuno copiar aquí, igualmente, la fábula francesa que sirvió de original á los dos ilustres poetas:

LA FEUILLE.

FABLE.

*De ta tige détachée,
Pauvre feuille desséchée,
Où vas-tu? — Je n'en sais rien.
L'orage a frappé le chêne
Qui seul était mon soutien.
De son inconstante haleine,
Le zéphyr ou l'aquilon,
Depuis ce jour, me promène
De la forêt à la plaine.
De la montagne au vallon.
Je vais où le vent me mène,
Sans me plaindre ou m'effrayer;
Je vais où va toute chose,
Où va la feuille de rose
Et la feuille de laurier.*

(Nota del Colector.)

Voy adonde van también
La presunción de la rosa
La soberbia del laurel.

EL CONDE DE SALDAÑA.

ROMANCE.

(1826.)

¿Quién es aquel caballero
Que en las márgenes del Escla
El potro ardiente fatiga,
La dura lanza maneja?
Coraza y almete adornan
Rojá banda, plumas negras;
Bruñido paves embraza,
Y osada divisa ostenta:
Es un corazón alado
Que se remonta á la esfera,
Y encima un rótulo dice:
No subas más, que te quemas.
Ninguno en el ancho circo
Se le opone; que ya deja
En doce altivos encuentros
Doce contrarios en tierra.
¡Viva de Saldaña el conde!
De boca en boca resuena;
Todos vencedor le aclaman,
Y admirados le contemplan.
Desde la alta galería,
Ornada de ricas telas,
El Rey su valor aplaude,
Y á darle el premio se apresta.
El de un salto se derriba
Desde el arzon á la arena,
Y del Monarca las plantas
Bizarro y modesto besa.
« Dame, gallardo mancebo,
Dijo el Rey, la fuerte diestra;
Que es justo apriete la mia
Mano que tan bien pelea.
Con esta luciente espada,
Que fué del rey don Fruela,
En premio de tu victoria,
Honre al valor la belleza,
Y del toledano adarve
A las torres de Antequera,
De los turbantes moriscos
Estrago y asombro sea.»
Dijo; y sonrojado el Conde,
Bajó humilde la cabeza;
Que al querer darle las gracias
Trabó el respeto su lengua.
¡Oh cuántos pechos enciende!
¡Con qué afán las damas bellas
Los blancos velos agitan
Y al cielo su triunfo elevan!
Entre todas sobresale
La infanta doña Jimena,
Que á la voz del Rey su hermano
Ceñirle la espada intenta,
¡No veis cómo sus mejillas,
Antes de carmin cubiertas,
Palidecen, y en sus manos
Cinturón y espada tiemblan?
¡No advertis que el caballero,
De hinojos en su presencia,
Estátua inmóvil parece,
En triste lucillo puesta?
No es mucho que así se turben
Cuando Alfonso los observa;
Cien cortesanos los miran,
Mil curiosos los acechan.
Días há que en viva llama
Amor con veloz saeta,
Atropellando respetos,
Inflamó sus almas tiernas.
Fe de esposos se juraron
Entre las doradas rejas
De un jardín, sin más testigos
Que una esclava y las estrellas.

Mas ¡ay, que en excelso alcázar
Mal un secreto se alberga,
Y á par de los régios troncos
El suyo la envidia sienta!
Ya el palacio lo murmura:
¡Ay de entrambos si es que llegan
Al alma de Alfonso el Casto
Tan mal celadas sospechas!
Del Rey cuyo indócil cuello
De amor el yugo desdenea,
Y como atroces delitos
Sus dulces yerros condena.—
Mas ya la callada noche
Cubre el mundo de tinieblas,
Y vencedor y vencidos,
Toman de Leon la vuelta.

Sañudo en tanto va jurando al cielo
Su desdoro vengar Nuño de Arlanza,
Que al primer bote de la ardiente lanza,
Vencido por el Conde, cayó al suelo.
Estaba solo el Rey, de lid sangrienta
El plan trazando contra el moro un día,
Cuando con alma llena de falsía
Nuño en el régio alcázar se presenta.
Secreta audiencia pide, y admitido
En la estancia do mora el Rey potente,
Así comienza á hablar el fementido,
Con triste faz y labio balbuciente:
« Hay quien osa, señor, con vil mancilla
Profanar de este alcázar el decoro,
Mientras vos, esgrimiendo la cuchilla,
Triunfais con gloria del soberbio moro.—
¿Y quién es el traidor, Alfonso exclama,
Que á tal se atreve? Di: pronto castigo,
Como del rayo asoladora llama,
Acabará tan pérfido enemigo.—
Jamás, dice el hipócrita, este arcano
De mi pecho saldría, si no fuera
El honor de tan digno soberano
Quien al remiso labio aliento diera.
Tal vez será imprudencia: infausta suerte
Me amenaza tal vez; pero en buen hora
Caiga el mal sobre mí, venga la muerte
Con tal que vos sepais quién os desdora.
El Conde de Saldaña hasta la altura
Del régio sòlio se remonta ufano
En alas del amor, y su locura
Escandaliza al pueblo castellano.

Vuestra hermana, señor.....— ¡Cómo! ¿la Infanta
Amar al Conde? ¡Nuño, vive el cielo!.....»
Clama el sañudo Rey, y en su garganta
La voz se anuda convertida en hielo.
Mas luégo se reporta, y mesurado,
« Si es cierto, añade, el crimen, pena dura
Castigará tan pérfido atentado;
Mas ¡ay, Nuño, de tí si es impostura! —
¡Impostura, Señor! Si tal agravio
Cualquiera otro que vos..... Haced, empero,
Pesquisa cual monarca justiciero,
Y hallaréis que verdad os dice el labio.
Ejecutólo Alfonso, y convencido
De que Nuño de Arlanza no le engaña,
Su enojo reprimiendo, comedido,
Así habla cierto día al de Saldaña:
« De Navarra al monarca en propia mano
Quiero que entregues, Conde, aqueste pliego,
Y del fuerte de Luna al castellano
Estotro al pasar deja: parte luégo.»
Apénas brilla la rosada aurora,
Y ya el Conde se apresta á la partida,
Mientras Jimena solitaria llora,
Sin abrazarle en tierna despedida.
Al castillo de Luna prontamente
Llega el desventurado caballero,
Y la carta entregando, de repente
Cae el rastrillo y queda prisionero.
« ¡Traidor! ¿qué intentas?», iritado dice,
Echando mano de su acero, el Conde;
Y el alcaide excusándose, « ¡Infelice!
Preso estás por Alfonso », le responde.
Quitante al punto la luciente espada,

Que terror de los moros era un día,
Y una mano le arranca, despiadada,
Los ojos do la Infanta se veía.
Ella entre tanto en la mansion oscura
Gime de un claustro, y por su esposo clama;
Mas ¡ay, que en perdurable desventura,
No verá más al infeliz que llama!

Epitafio y dísticos latinos, esculpidos en el sepulcro de Melendez, en el cementerio de Mompeller, adonde fueron trasladados sus huesos en 1828.

†

D. O. M.

JOANNIS, MELENDEZ, VALDES
HISPANI, POETAE, CLARISSIMI
AN. MDCCCXVII. DIE XXIV. MAII
MONSPELII. SUBITO. EXTINCTI
MORTALES. EXUVIAS
PER. UNDECIM. AN. SPAT. INDECORE. SEPULTAS
AC. OBLIVIONI. FERE. TRADITAS
IN. HUNC. DIGNIOREM. LOCUM
BERNARDINUS. FERNANDEZ. DE. VELASCO
DUX. DE. FRIAS
ET. JOANNES. NICASIVS. GALLEGO
ARCHIDIACONVS. VALENTINVS
NON. SIOCIS. OCULIS
TRASFERENDAS. CURARUNT.
R. I. P. A.

(Aquí hay un trofeo, compuesto de una lira y caramillo, rotos, y entrelazados con una corona de laurel, y por bajo los dísticos siguientes:)

Quam dederant dulci charites arguta Batillo
Fistula, Volcarum litore fracta jacet.
Digna siracosio calamo, citaræque Properti,
Dum repetit moestus carmina blanda Tagus,
Te, Lede, qui niveis lambis felicior undis
Hunc tumulum, serves pignora cara rogat (1).

EN EL ÁLBUM DE UN VENTRÍLOCUO.

EPIGRAMA.

(1831.)

Causa tal placer á todos
Oírte hablar *por la panza*,
Que el público, en tu alabanza,
Habla despues *por los codos*.

(1) Don Alberto Lista dió noticia de la indicada traslación, y tradujo el epitafio y los versos latinos en la *Gaceta de Madrid* de 11 de Setiembre de 1835. Su traducción es ésta:

Á Dios óptimo máximo.

Bernardino Fernandez de Velasco, Duque de Frias, y Juan Nicasio Gallego, arcedianos de Valencia, cuidaron, no sin lágrimas, de que los restos mortales de Juan Melendez Valdés, esclarecido poeta español, que murió repentinamente en Mompeller el 24 de Mayo de 1817, sepultados indecorosamente por espacio de once años, y casi entregados al olvido, fuesen trasladados á este más digno monumento.

Descanse en paz, amén.

TRADUCCION DE LOS DÍSTICOS LATINOS.

Aquel, que á su Batillo concedieran
Las Gracias, caramillo sonoro,
Roto en la playa de los Volcas (*) yace.
Mientras repite el Tajo entristecido
Sus blandos versos, dignos de la arena
Sicula y de la lira de Propertio,
Te ruega, ¡oh Ledol (**), á tí, pues más felice
Bañas con frescas ondas esa turba,
Que tan queridas prendas le conservas,

(*) Nombre que tenían los antiguos habitantes de la parte litoral del Languedoc.

(**) Nombre antiguo del río que pasa junto á Mompeller. Hoy se llama Les.

Para el álbum de la Condesa de la Tour-Maubourg, á su salida para Roma en Mayo de 1840.

Del Turia y Bétis el fecundo suelo,
Donde á nunca morir nacen las flores,
Ni pone grillos á la fuente el hielo,
Imágen del eden, mansion de amores;
Dulce morada, y de tus gracias digna
Fuera, Condesa, en el confin de España,
Cuando la suerte la miró benigna,
La cruda suerte que en su mal se ensaña.
Mas hoy, que, ardiendo en fratricida guerra,
Reñcores, sangre, asolacion te ofrece,
Deja, señora, tan aciaga tierra,
Y su fatal destino compadece.
Huye, y salvando sus nevadas cimas
Cruza la falda del gigante Alpino,
Y allá descansa en los amenos climas
Que el mar circunda, y parte el Apenino.
Mas cuando ufano en valles y florestas,
Con la pompa de Mayo engalanadas,
Un pueblo alegre en bulliciosas fiestas
Te salude con vivas y alboradas,
Merezca algun recuerdo á tu ternura
Y una piadosa lágrima á tus ojos,
De mi patria infeliz la desventura,
Donde tan sólo ves ruinas y abrojos.

En el álbum de la Excmo. Sra. Doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda.

(Noviembre de 1843.)

Si mi memoria honrar de este volúmen
En las más nobles páginas deseas,
Fuerza, Tula, será que tú mi númen,
Mi sola inspiracion, mi Apolo seas.
Mi fatigado espíritu consumen
Hondos cuidados, tétricas ideas,
Al torcedor de duros desengaños
Rendido áun más que al peso de los años.
Un rayo solo préstame, te ruego,
De los que dió á tus ojos Sirio ardiente,
O un fulgido destello de ese fuego
Con que natura electrizó tu mente;
Que ya ni del arpon del niño ciego
Mi yerto corazon la punta siente,
Ni el ardor todo de las nueve hermanas
Basta á templar el hielo de mis canas.
Sólo me es dado de tu voz divina
Mudo admirar la fuerza encantadora,
Que vibrando en la esfera cristalina,
Oye admirada, al despertar, la Aurora,
Emula de los lauros de Corina,
Que te legó su cítara sonora,
Haz que tu canto armónico se encumbre
Adonde enciende el sol su viva lumbre.

A Mr. Frédéric Madrazo, en le voyant faire le portrait de madame la Marquise de..... placé dans une belle terrasse de fleurs.

MADRIGAL.

Dis moi, cher Frédéric, par quel prestige heureux
Quand tu fais un portrait, j'en vois paraître deux;
L'un dans ce beau jardin, par ton pinceau fidèle,
Et l'autre dans mon coeur, par les yeux du modèle.

LA ÚLTIMA CENA.

El cordero pascual, sagrado emblema
De víctima suprema,
Todo el pueblo judaico disponia,
Mientras el verdadero
Reparador y celestial cordero
Al odio ciego la traicion vendia.

De derramar la sangre redentora
Se aproxima la hora,
Hora que al tiempo precedió en la mente
Del Hacedor Eterno;

Hora que con horror prevé el infierno,
Y al cielo abisma en pasmo reverente.

Mas en tanto la víctima sublime,
Cuya sangre redime
Á un mundo criminal, y el fin espera
De su mision divina,
Sus pasos al cenáculo camina,
A celebrar la Pascua postrimera.

Doce varones son los que elegidos,
Cual amigos queridos,
Llama Jesus á su banquete augusto;
Y los que deben fieles
Las penas compartir, duras, crüeles,
Que el cielo envia al corazon del Justo.

Doce apóstoles son, doce tan sólo,
Y la traicion y el dolo
Al uno tornan pérfido enemigo,
Que como vil serpiente
Clavar intenta el venenoso diente
En aquel seno que le diera abrigo.

El último es que llega conturbado
Al convite sagrado;
Vedle, de horror se eriza su cabello,
Y en su mirada incierta
Y adusta faz, de amarillez cubierta,
Del crimen lleva el infamante sello.

Jesus, empero, con serena frente
Le recibe clemente,
Y al alma vil del criminal aterra
Tan celestial dulzura,
Imaginando en su mortal pavura
Que bajo de su pié se hunde la tierra.

Y, ¡será, oh Dios, tu mansedumbre tanta,
Que allí, á tu mesa santa,
El manjar gustará por tí bendito,
Y llegará su boca
Al borde mismo que tu labio toca,
Y en que tu amor se ostentará infinito?

¡Oh! sí, miradle: de Jesus enfrente
Se sienta el delincuente;
Insólito temblor su cuerpo agita,
Y con empeño vano
Quiere encubrir, bajo su helada mano,
La maldicion en su semblante escrita.

Mirándole el Señor, busca benigno
Algun dichoso signo
De sincero dolor, pues su presencia
Por su amor enmudece,
Y ya el perdon en su mirada ofrece
Al despertar de Judas la conciencia.

«Uno me vende de vosotros», clama:
A tan inicua trama,
Llenos de horror, su indignacion reprimen;
Mas el divino acento
Excita sólo altivo atrevimiento
En el vil corazon que alberga el crimen.

«¡Por ventura soy yo?», pregunta osado
El Apóstol culpado,
Y «Tú lo has dicho», le responde Cristo:
Con presto paso llega
Mi tiempo ya; mas ¡ay de quien me entrega!
¡Feliz si nunca el sol hubiera visto!»

Dice, y bajando la inclita cabeza,
Con piadosa tristeza
La infausta suerte del traidor deplora,
Mientras su rabia excita
Oculta voz con que incesante grita
A su oido Luzbel: «¡Marcha, ya es hora!»

Mas ántes llega el venturoso instante
Que el Salvador amante

Previsto tiene para dar al mundo,
De admiracion suspenso,
El alta prueba de poder inmenso,
Perpétua prueba de su amor profundo.

Tomando el pan en sus sagradas manos,
Alza los soberanos
Ojos al cielo con fervor divino,
Y articula un acento
Que trueca el pan en inmortal sustento,
Y en néctar de los ángeles el vino.

¡Hecho inefable, que al empero asombra!
Quien prodigio le nombra,
Su excelcitud deprime y su grandeza:
Ante el sublime arcano
Anonadado yace el juicio humano,
Y la razon proclama su flaqueza.

Mas ¡quién, Señor, tu voluntad limita?
La víctima infinita,
El Dios que el tiempo y el espacio mide,
El Rey del cielo y tierra:
Todo ese cáliz misterioso encierra,
En ese pan mi Redentor reside.

¡Oh, de clemencia inescrutable abismo!
Así se ofrece él mismo,
Dejando eterno en el linaje humano
Su celestial convite,
Y áun su sangre santísima permite
Que entre en el pecho del traidor villano.

Ya instituido el Sacramento egregio,
De su atroz sacrilegio
Se espanta Judas; ciego, fascinado,
Huye en veloz carrera.....
Donde un cordel á su garganta espera,
Premio final de su hórrido atentado.

En el mirador de la Cartuja de Jerez, el año de 1816.

OCTAVA.

Condujo aquí por términos extraños
A un misero mortal suerte voltaria,
Después que consumió sus verdes años
En triste vida turbulenta y vária;
Enseñáronle insignes desengaños
A no esquivar la celda solitaria,
Y á desdeñar el tráfigo importuno
El santo ejemplo de la grey de Bruno.

Octavas para el catafalco de la iglesia de los Padres Escolapios de Valencia, en las honras que celebró á la muerte de la Reina doña María Josefa Amalia la Real Maestranza de Caballeria de dicha ciudad.

1.^a

Tu pueblo, Amalia, que al Eterno implora
Bañando el mármol de la tumba fria,
Más que tu muerte, ei desconsuelo llora
De quien contigo el cetro dividia;
Modera, empero, su afliccion, señora,
Dulce esperanza de ofrecerte un dia,
De tu heróica piedad digno tributo,
Por pira, altar; adoracion por luto.

2.^a

Yace ¡oh dolor! en la mansion oscura
La que vimos ayer Reina de España,
Que no es contra la muerte más segura
Morada excelsa que infeliz cabaña.
No falaz esplendor, pompa más pura,
Séquito de virtudes la acompaña;
Que sólo el bueno, el religioso, el justo
Es en la tumba el grande y el augusto.

Á mi amigo el señor don Juan Bautista Arriaza. (Versos improvisados en su mesa, el día 24 de Junio de 1830.)

Aunque con versos me brindas,
Pocos de mi labio esperes;

Que hacerlos donde estuvieres,
Es llevar á Toro guindas,
Así, sin furor pimpléo,
Sin Hipocrene ni Apolo,
Diré los que basten sólo
A expresar mi buen deseo.
Paulita contemple ufana
Prosperar su prole bella,
Tierna y amable cual ella,
Y cual tu ingenio lozana.
Y entre placeres diversos,
Sin pesadumbres ni engaños,
Logre que iguale tus años
La duracion de tus versos.

Á la señora doña Paula de Arriaza, en la misma comida, dada con ocasion de ser los dias del santo de su marido.

DÉCIMA.

Á ofrecer á Paula flores
Gusto y ocasion me excitan;
Mas ya su brillo marchitan
De la estacion los ardores.
Sólo el Pindo en sus loores
Guardará siempre una rosa,
Pues si, como dama hermosa,
De rivales no carece,
Sobre todas la merece,
Como madre y como esposa.

Á la Reina doña Maria Cristina. Dedicatoria improvisada en la solemnidad del acto de entregar á S. M. un álbum el Liceo.

Este, que gracia á vuestros piés implora,
De la lira y pincel ténue tributo,
Cuando el furor de guerra asoladora
Cubre el suelo español de sangre y luto,
Flor es de amor y grtitud, señora:
Flor que á ser llegará colmado fruto,
Si al cielo debe España, en su amargura,
Tiempos de paz, de gloria, de ventura.

Quintillas improvisadas en los momentos de votarse al Gvadaluquir el vapor San Fernando, á las Trajano, el 30 de Mayo de 1840.

Baja valiente y galano
De tu constructora orilla;
Tus nombres ostenta ufano;
Que grandes fueron Trajano
Y el que conquistó á Sevilla.

No temas de la mar fiera
Los ominosos desmanes;
Que tambien de esta ribera
Lanzada fué la galera
Del osado Magallanes.

Mas no en remotas regiones
Tu vela hincharán los vientos;
Ni tus ferrados tablonés
Oprimirán batallones,
De sangre y oro sedientos.

Es más dulce tu destino;
Que, entre rosas y azahar,
Te abre el Bétis cristalino
Un perfumado camino
Hasta el gaditano mar.

Y la risa y el contento,
Y la amorosa alegría
Tendrán en tu popa asiento;
Que habrán de ser tu ornamento
Las bellas de Andalucía.

SU NOMBRE.

Jácara romántica (burlesca).

El olor de la azucena,
La aureola de San Roque,
El postrer rumor del día
Que va huyendo de la noche;

Los lamentos de un amigo
Que el grito en el cielo pone;
La secreta despedida
Del tiempo que toma el tole;
El ruido que forma el beso
De dos tiernos amadores;
La banda que una tormenta,
Cuando su furor depone,
Al sol deja por trofeo
De rutilantes colores;
Un acento inesperado,
Que el corazón reconoce;
El designio más oculto
Que inocente virgen forme;
El primer sueño de un niño
Entre fajas y andadores;
El cántico de un rosario
Cuando de lejos se oye;
El gemido que Memnon
Daba en los líbicos montes
Al divisar de la aurora
Los indecisos albores;
El murmullo que temblando
Se apaga en el horizonte;
Y en fin, cuanto el mundo todo
Por dulce y grato conoce,
No es para mí, lira mía,
Tan dulce como su nombre.
Pronúnciale callandito,
Como responso de monje;
Pero en nuestros cantos suene,
Por mañana, tarde y noche.
El solo en el templo oscuro
Será nuestro cirio y norte,
Aunque contra alguna esquina
Nos demos de coscorrones.
El la voz sagrada sea
Que en el altar ó en la torre,
Como anuncio de sereno,
Un mismo grito pregone.
Mas antes, amigos míos,
Que mi musa se remonte,
Y echando fuego y venablos,
Corra sin saber por dónde,
Y en sus raptos furibundos
Mezcle tan plácido nombre

Con otros que el mundo vano
Orgullosamente encomie,
Olvidando en su delirio,
Que, como tesoro en cofre,
Amor le escondió en mi pecho
Con cien candados de bronce;
Hincad todos la rodilla,
Que han de oírse mis canciones,
Lo mismo que el miserere,
Entre sollozos y azotes;
Y heridos por tus acentos
Vibren los aires veloces,
Como si al bajar un ángel
De las etéreas regiones
Con su aleteo invisible
Nos refrescase el cogote.

En el álbum de la señorita doña Matilde Carondelet.

LA AMABILIDAD.

(Octubre de 1845.)

Si del trato apacible la dulzura
No le presta las gracias que atesora,
Sólo es, bella Matilde, la hermosura
Apariencia fugaz, flor inodora.
Grata amabilidad, dulce ternura,
Duplicando su fuerza seductora,
Con nuevo hechizo su poder aumentan,
Y su influencia mágica sustentan.

En el álbum de la señorita doña Adela Carondelet.

LA FELICIDAD.

(Octubre de 1845.)

No es la felicidad, hermosa Adela,
Realizar juveniles devaneos,
Ni sentada en brillante carretela
Oro y perlas lucir en los paseos.
Sólo la alcanza quien prudente anhela
Por ceñir á su suerte sus deseos,
Y, oponiendo al pesar esfuerzo y calma,
Logra al fin conservar la paz del alma.

EXÁMEN

DEL

JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA,

OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA,

Y DADA Á LUZ POR DON VICENTE SALVÁ, EN VALENCIA, AÑO DE 1840 (1).

Habiendo leído con algun cuidado el primer tomo de esta obra, me figuré que entre su autor y su editor pasó ó pudo pasar el diálogo siguiente:

Hermosilla. Vamos, señor Salvá, dígame usted con franqueza qué le ha parecido mi *Juicio crítico*, y si está en ánimo de encargarse de su impresión.

(1) Creemos muy oportuno publicar aquí esta aguda y atinada crítica, no sólo porque se refiere á poetas del siglo XVIII, sino porque resplandecen en ella el claro discernimiento crítico y filológico, y la severa imparcialidad de DON JUAN NICASIO GALLEGO. (Nota del Colector.)

Salvá. Si con franqueza lo he de decir, me ha parecido un elogio exagerado de Moratin, y una amarga diatriba contra Meléndez, bajo el disfraz de un título en que descubro, además, no pocos visos de superchería.

H. ¿Elogio exagerado? ¿Superchería? ¿Qué es lo que usted dice?

S. No se enfade usted, que yo me iré explicando. ¿No es elogio exagerado de Moratin no encontrar en todas sus obras sino media docena de pecados, ménos que veniales, pintarle siempre como el poeta de los poetas y el modelo de los modelos, apurando en su alabanza

cuantas frases y exclamaciones tiene nuestra lengua, y repitiendo á cada paso: *Esto es lo que se llama poesía; en esta composición todo es sublime, perfecto, inimitable; no hay nada igual en nuestro Parnaso.* ¿No deberá llamarse diatriba contra Meléndez un escrito en que se ve claro el empeño de encontrar defectos en sus obras, ya con ridículas cavilaciones y quisquillas gramaticales, ya suponiendo plagios que no cometió, ya disputando sobre si tal composición que llama *oda*, debe llamarse *cancion* ó *silva*, ya sobre si el encuentro de ciertas sílabas es ó no mal sonante, ya acusando este verso de prosaísmo, aquel de galicismo, y ya, en fin, diciendo: *cosa rara!* que tal romance es bueno, pero un poco largo, y que el otro no es malo, pero tiene cosas que á usted no le gustan, sin decir cuáles son? ¡Ah, señor Hermosilla! Este pueril y mezquino compas de los gramáticos, no es la punta por la cual debe juzgarse á los poetas como Meléndez. La viveza de las imágenes, la oportunidad de las comparaciones, los arrebatos de una fantasía lozana sin extravagancia, la belleza y dulzura de la versificación, la naturalidad y ternura de los afectos, y sobre todo, la impresión que deja en el ánimo y el halago que produce en el oído la reunión de todas estas dotes, eso es lo que constituye la esencia y la excelencia de la poesía. Y ¿qué valen, en tal caso, los reparos minuciosos de los gramáticos? ¿No desaparecen como el humo á la simple lectura de una estrofa, en quien tiene alma que sienta, imaginación que se exalte, y oído que perciba la música de los buenos versos?

Y ¿qué dirémos de la que usted llama *doctísima crítica* de las obras de Moratin, hecha por don Juan Tineo, y que sirve como de introducción á la obra de usted? Si en ésta recae la censura sobre las miserables menudencias que dejó indicadas, aquélla, por el contrario, se reduce á encomios desmedidos y rotundos de su ídolo, y á sangrientas invectivas y acriminaciones contra Meléndez y su escuela. Tales y tan absolutas generalidades merecen alto desprecio, y sólo prueban que el trascurso de veinticinco años, durante los cuales tantos y tan grandes intereses y vicisitudes han agitado el ánimo de los españoles, no ha sido bastante á endulzar en el suyo la hiel y el encono con que la pandilla que rodeaba el pedestal de Moratin á principios de este siglo, se ocupaba en zaherir á la escuela de Meléndez. Y ¿qué refutación cabe de las magistrales sentencias de Tineo, cuando las presenta sin otro apoyo ni razón que su dicho? ¿Qué obras nos ha dejado Tineo, para que por ellas podamos juzgar del peso y acierto de sus decisiones? ¿En qué títulos se funda la autoridad que presume deber reconocer los lectores en sus fallos doctorales? Todo el contexto de su *doctísima crítica* no rebosa más que cólera y veneno. No quiere que Meléndez haya escrito un solo verso mediano, y al hablar de la dedicatoria que precede á *La Mogigata*, de Moratin, se irrita con éste porque dice que habiendo querido

... la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repetió del Zurguen,

vino la musa de Menandro y le quitó con enfado la cítara y flautas pastoriles, diciendo que su talento no era á propósito para tal empresa. Y ¿qué dice á esto don Juan Tineo? Que Moratin hizo esta confesión por pura modestia. Yo conocí y traté á Moratin, señor Hermosilla, y sé muy bien que la modestia no era su virtud dominante. Usted debe tener también hartas pruebas de ello, y por si las ha olvidado, bastará que yo le recuerde aquel romance, dirigido al Conde de Florida-

blanca, pidiéndole un beneficio, y en el cual, á pesar de ser todavía muy jóven, dice al Ministro que espera de él su felicidad, porque el cielo tiene reservado á su gobierno

Hacer florecer las tetras
Y dar favor á los sabios.

¿Qué tal? ¿No es admirable la modestia de Moratin? Pero supongamos que por modestia confesó no poder llegar á competir con Meléndez en los géneros que éste cultivó, ¿cabe modestia en asegurar que se propuso imitarle? ¿Trata nadie de imitar lo que no tiene por bueno? Luego Moratin no tenía de Meléndez la opinión que su panegirista, sucediendo con los entusiastas de aquel ilustre escritor, lo que se decía de los palaciegos de Luis XVIII, que eran más realistas que el monarca mismo. Yo aprecio mucho á Moratin, y usted lo sabe; pero esas alabanzas tan encarecidas con que Tineo y usted se empeñan en remontarle á la más empinada cumbre del Pindo, le perjudican, lejos de favorecerle, pues dan ocasion á que, ofendido alguno de esa escandalosa parcialidad, le ajuste las cuentas tan menudas, que no quede muy bien parado.

H. No negaré que acaso Tineo y yo nos háyamos excedido algun tanto en los elogios de nuestro amigo, y en cargar la mano á Meléndez con sobrada severidad; pero de esto á *superchería* hay una gran distancia, y confieso que esta palabrita me ha picado. ¿*Superchería*? Si Tineo viviera....

S. No la apliqué yo á Tineo. Este buen señor, francamente y sin ambages, dijo: *Segun mi modo de entender, Moratin es el primer poeta del mundo, y Meléndez el más despreciable.* Ya ve usted que esta generalidad á nadie convence. Escritos de igual naturaleza, aun cuando los sazone la sal y pimienta de la sátira más fina, llaman, tal vez, la atención momentáneamente, sepultándose á poco tiempo en la oscuridad del olvido, mientras la fama del hombre célebre, á quien en ellos se intentó deprimir, crece con los años y ocupa siempre en la estimación pública el digno lugar á que supo elevarse. Pero usted no se ha conducido con tanta franqueza, y perdone usted que se lo diga. Usted, vendiéndose por amigo de Meléndez, y refiriendo hechos y gestiones que lo indican, disimula hipócritamente su malquerencia, le trata con visible parcialidad en su *Juicio crítico*, y quiere que aparezca este opúsculo como una obra desapasionada y escrita para instrucción de la juventud. ¿Qué instrucción han de sacar los jóvenes de la lectura de un libro en que se pinta á Moratin como un gigante y á Meléndez como un pigmeo, en que el crítico tiene ojos de lince para hallar defectos en éste, y los tiene de topo para no distinguir en aquél la más leve mácula?

H. Poco á poco con eso, señor Salvá; yo no hablo al aire, como Tineo, ni censuro por el empeño de censurar. Doy razón de mi dicho, y le apoyo siempre en sólidos fundamentos. Y si no, veámoslo; ahí está el manuscrito.

S. Enhorabuena. Empezando por las anacrónicas, dice usted que en la estrofa 6.^a de la segunda se encuentran dos defectos. Dice así:

Tú de las roncas armas
Ni oírás el són terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.

Es el primer defecto no aparecer con claridad si las sirtes braman en mal seguro leño, ó si el que está embarcado en él es quien desde allí las oye bramar. ¿No es ésta una duda voluntaria y sin viso de razón?